

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## CARTA DE NUEVA YORK

### PAN Y CIRCO

ELIOT WEINBERGER

*Eliot Weinberger inicia sus colaboraciones periódicas en Vuelta, con esta crónica brillante y satírica acerca de la influencia de la televisión y la publicidad que han conver-*

*tido a las campañas electorales en espectáculos rivales del circo y la telenovela. La verba irreverente de Weinberger no se detiene*

*ante las figuras y figurones de la política de los Estados Unidos, especialmente los del Partido Republicano.*

NUESTRO OPTIMISMO puede ser incansable, pero hasta los norteamericanos tienen que dormir. Y ¿qué mejor lugar para soñar con el futuro que una habitación de sueño? Sí: una lujosa suite en un Fantasy Motel.

A lo largo de las interminables rectas de la supercarretera, estos "ryokans" ro-cocó están de pronto dondequiera: hay la habitación con una cama de agua colocada sobre un suelo de alfombra ondulante color de arena, como una manta en la playa, con murales de esquiadores de surf, el sonido remoto de las olas que rompen y un desayuno servido en una canasta de día de campo. Hay un iglú ártico: un domo de bloques blancos de plástico en luz azulina, con una cama cubierta con una piel de oso polar. Hay un Paseo de los Enamorados, con árboles artificiales y pinturas en que aparecen las luces de la ciudad vistas desde la cima de una colina, en la que la cama es un verdadero Chevrolet 1957 convertible.

Camas y más camas: en la suite Venecia la cama es una góndola; en la habitación Paraón Tut, un sarcófago; en la Cueva Prehistórica, una plancha de roca bajo un fresco de bisontes galopantes. Habitaciones y habitaciones: una tienda en un oasis para una Noche Árabe; una cabaña de troncos en un campamento con estacionamiento para cazadores; un paisaje lunar en el que uno duerme en una réplica de la cápsula espacial Géminis. Para los especímenes literarios, la habitación Moby Dick, en la

que la cama es un esquife y uno entra al baño a través de unas mandíbulas abiertas. Y para el realmente perverso, la suite del Cafe de los Días Felices en el Hotel Royale de West Bend, Wisconsin: la cama es un sandwich gigante y le jacuzzi una taza de café.

Fatib Popcorn, así de exquisito es el nombre del presidente de Brain Reserve, una compañía de nombre inexplicable que promueve estos *Fantasy Motels*, explica su atractivo: "Vivimos rodeados de miedo y hastío. La gente quiere vivir aventuras, pero sin riesgo alguno".

Sin duda los espíritus ascendentes este Día de la Toma de posesión son el Miedo y el Hastío, los ángeles que han guiado a George Bush a la Casa Blanca. La mitad de los electores estaban demasiado aburridos para votar en 1988 y, al parecer, el 55% del resto depositó sus boletas en favor de Bush con más temor que entusiasmo. Algunos de ellos eran simpatizantes activos de Bush, pero los más temían despertar de los sueños del enorme Fantasy Motel llamado los Estados Unidos de Reagan.

Como un pájaro místico, el viejo presidente ha emprendido el vuelo en el ocaso, de vuelta al bosque sagrado, el Holy Wood del que había venido, y el nuevo presidente ha jurado protegerlos. Pero no es una nueva era. Es únicamente el primer día del noveno año de la Era de Reagan. Porque los republicanos han probado que, contrariamente a todos las expectativas, el reaganismo

no depende de la presencia real de ese genial astro del cine. Han demostrado con extraordinaria eficiencia que pueden escoger a cualquiera y hacerlo presidente de los Estados Unidos. La política norteamericana ha sufrido una transformación radical y, probablemente duradera.

Por reaganismo no entiendo las políticas específicas de su gobierno —aunque debe decirse que, en cuanto a la remodelación del país a su propia imagen, Reagan ha sido el presidente más efectivo, desde Franklin Roosevelt. Entiendo más bien al reaganismo como un estilo de gobierno. Es una estetización de la política, pero distinta de la famosa definición que dio Walter Benjamin del fascismo. Nacida en una era regida por la televisión, es una estética postmoderna, en la que el estilo es el contenido y el estilo está formado por el saqueo de los iconos y los gestos del pasado, en la que el significante y el significado se desunen y flotan en el éter.

Para decirlo sencillamente: en los Estados Unidos de Reagan lo que se dice no guarda relación con la realidad, está estrictamente controlado, permanece mucho tiempo sin discutirse y es creído por casi todos. Esto ya es evidente en muchos aspectos de la vida norteamericana, y en la economía más que en otra parte. Casi todos los norteamericanos creen, como Reagan nunca cesó de decirles, que los ochenta fueron una década de gran prosperidad económica.

Fue parcialmente cierto: a quienes tuvieron ingresos superiores a los 75 000 dólares anuales les fue muy bien, y a los que alcanzaron más de 200 000 les fue de maravilla. Pero aun más allá del monstruoso déficit de presupuesto y el casi increíble desequilibrio comercial (hoy no se manufactura casi nada en este país), los ochenta han sido difíciles para todos los demás. Las familias de clase media en que ambos padres trabajan no tienen posibilidad de disfrutar del tipo de vida que tuvieron en los sesenta y los setenta con sólo uno que trabaja. Los obreros se han vuelto pobres y los pobres han descendido a niveles desastrosos. Dos o tres millones de personas (niños un tercio de ellas) se quedaron sin hogar durante el gobierno de Reagan. Las cifras de mortalidad infantil, nutrición, instrucción y otras semejantes son ahora las más bajas de cualquier nación occidental. Desde mi propia ventana puede verse claramente: hace diez años los únicos vagos de Nueva York eran los alcohólicos viejos y desesperados que hay en cualquier ciudad; hoy los menesterosos se encuentran en casi todas las esquinas, y son hombres y mujeres jóvenes y sanos.

Día con día nos desayunamos con una leyenda personal y nacional que tiene poca relación con los hechos: Reagan, el Líder Fuerte (al que le daba sueño en las reuniones y que no podía recordar el nombre de su propio perro); Reagan, el Hombre de Familia (que tenía nietos a los que nunca veía); Reagan, el temeroso de Dios (que nunca iba a la iglesia); Reagan, el Combatiente del crimen (mientras el precio al mayoreo de la cocaína bajó a la cuarta parte); Reagan y el Retorno de la Decencia (presidía —a juzgar por las denuncias— el gobierno más corrupto en la historia de Estados Unidos); y así por el estilo...

Fue una leyenda fomentada por la impecable manipulación de la prensa. Reagan comprendió mejor que nadie que el negocio de la prensa es la fabricación de un producto llamado noticias: sin éstas, no hay periódicos ni noticieros. Si se les dice a los periodistas que algo es "noticia", lo tratarán como noticia. El primer punto de la agenda cada mañana en la Casa Blanca de Reagan era "la noticia del día": se enviaban memorandos a todos los funcionarios importantes diciéndoles qué resaltar en sus reuniones con los reporteros ese día, lo que podía y no po-

día decirse. Además, a la prensa, como a cualquier otro negocio, le gusta fabricar su producto de la manera más eficiente posible. Reagan salvó a los reporteros de las largas horas gastadas en cocinar información fresca al entregársela completamente procesada; el contenido y los ángulos de cámara de las fotografías periodísticas eran planeados por su propia gente con el cuidado de una película de Hollywood, y se redactaban frases memorizables de una línea para los noticieros de televisión. El presidente dio pocas conferencias de prensa, porque no podía ensayarlas todas y se habría metido en aprietos con un comentario no preparado.

La crítica fue efectivamente sofocada (excepto por unos breves momentos durante el escándalo Irán - Contras) por las constantes quejas de Reagan sobre los "medios de comunicación liberales". Es cierto que las grandes compañías de noticias —las cadenas de televisión y periódicos como *The New York Times* y *The Washington Post*— están compuestas en gran parte por liberales. Y los liberales, como bien sabía Reagan, tienen mucho miedo de que se los vaya a acusar de cerrazón mental. La prensa norteamericana está obsesionada con el "equilibrio": si en un artículo de periódico X hace cargos contra Y, entonces a Y debe permitírsele replicar en la misma página. Así, para combatir las acusaciones de Reagan sobre la tendencia liberal —más cierta en espíritu que en los hechos— los periódicos ofrecieron con generosidad sus páginas editoriales a periodistas de la derecha y —en claro contraste con lo que fue el reportaje durante los gobiernos de Johnson, Nixon, Ford y Carter— hubo poco periodismo de investigación y se aceptaron con credulidad las noticias que daba el gobierno. Si Reagan decía que los búlgaros habían tramado asesinar al papa o que pelotones de asesinos libios andaban sueltos por la tierra, se publicaba como verdad. (Sólo años más tarde se reveló que estos y otros eran deliberados actos de "desinformación" —la Casa Blanca comenzó a usar esta palabra, que antes había estado asociada exclusivamente con los soviéticos.) Estadísticas económicas enteramente falsas eran creídas como evangelios.

Todo esto fue indudablemente algo nuevo; en muchos países los lectores saben que los periódicos informan sólo lo que el gobierno quiere que se lea y el

periódico se lee con sano escepticismo. En los Estados Unidos, sobre todo desde la guerra de Vietnam, damos por sentado que tenemos una prensa independiente y, a diferencia del resto del mundo, creemos en lo que leemos. El gobierno de Reagan no sólo usufructuó esa creencia, sino que además, y no sin razón, supuso que el público norteamericano tiene hoy la capacidad de atención y la memoria colectiva de un espectador de televisión con un aparato de control remoto. No hay escepticismo sin memoria. El resultado fue que Reagan podía hacer cualquier cosa, decir lo contrario y aun así ser aún más querido.

El primer signo de que el reaganismo sobreviviría a Reagan ocurrió, extrañamente, del lado demócrata, en la hoy olvidada candidatura de Joseph Biden. Biden, por lo demás un senador liberal honesto e inteligente, fue de la borregada sin rostro que compitió por la postulación presidencial en los primeros días de la campaña. Se retiró abruptamente cuando se supo (por un ayudante de Dukakis) que su discurso ritual en la campaña electoral había sido plagado de Neil Kinnock, el líder del Partido Laborista Británico. Las declaraciones de Kinnock, más allá de las trivialidades políticas universales, eran específicamente autobiográficas: cómo su padre y su abuelo habían trabajado en las minas de carbón, cómo él había sido el primero de la familia en tener una educación y cómo ahora era candidato al puesto más alto de su tierra. Biden copió a Kinnock a la letra, con minas de carbón y todo —aun cuando su propio padre vendiera Oldsmobiles en la suburbana Maryland. ¿Qué importaba eso en los Estados Unidos de Reagan, si sonaba tan bien?

El divorcio entre imagen y realidad alcanzó proporciones barrocas en la campaña de George Bush. Un individuo opaco, ligeramente desagradable, cuya carrera gubernamental había transcurrido en puestos difíciles o delicados (la CIA, la ONU, la embajada en China) pero por cortos periodos y cuando se necesitaba un titular interino y anodino, Reagan lo escogió como vicepresidente porque a nadie se le hubiera ocurrido objetarlo, y Bush pasó sus ocho años haciéndose visible sólo en los funerales oficiales de otras naciones. La mayoría de los republicanos creían que, después del déficit presupuestario y del escándalo Irán - Contras, entre otros desastres, era

seguro el triunfo de los demócratas: lucharían contra las secuelas de Reagan pero sin Reagan. Bush ganó la postulación sin apenas competencia y todo el mundo lo supuso, lo mismo en la derecha que en la izquierda, que cualquiera podía derrotarlo. (Henry Kissinger declaró en esos días que Bush perdería incluso si competía consigo mismo.) La convención demócrata, aunque eligió a un tecnócrata incoloro, se convirtió en una jubilosa y demasiado prematura danza de la victoria. Todos, incluso los republicanos, menospreciaron el genio de la máquina republicana fabricante de imágenes.

En las elecciones locales, los norteamericanos votan según los problemas y los demócratas tienden a ganar. En las elecciones nacionales, votan por el hombre, dejando a un lado sus creencias (si las tienen), y prefieren personalidades que sean fuertes y "presidenciales". (Una paradoja del reaganismo es que mientras Reagan fue con mucho el presidente más popular desde la época de Roosevelt, la mayoría discrepaba de él en casi todos los temas: aborto, oración en la escuela, los Contras, cortes del presupuesto de los servicios sociales y otros semejantes). Las campañas nacionales se transmiten ahora casi enteramente por la televisión, donde los republicanos no pueden sino parecer más impresionantes que sus rivales. Esta es la índole de su mensaje, que es corto y directo como un anuncio de refrescos, mientras que el de los demócratas es matizado y complejo. Sobre el aborto, los republicanos gritan "¡No maten niños!" en tanto que los demócratas murmuran: "Creemos que esta dolorosa decisión, a la que personalmente nos oponemos, debe dejarse a la madre misma". Sobre la pena capital, los republicanos quieren "extirpar la cizaña", los demócratas se demoran explicando que no está probado que la ejecución sea ejemplar y que el gobierno no debe jugar a ser Dios. La famosa frase de Bush: "Oigan lo que digo: ¡no más impuestos nuevos!", fue lanzada contra Dukakis mascullando que trataría de evitar impuestos adicionales, pero que, dada la enormidad del déficit, etc.

Bush, visto al principio como apocado y timorato, fue convertido en un Rambo de la mesa de conferencias. Le escribieron cartas y memorizables declaraciones y lo entrenaron para que baja-

ra la voz una octava y hablara en tonos sonoros y mesurados, con los ademanes adecuados. Cada mañana Bush atacaba a Dukakis en un punto específico y Dukakis tenía que pasar el día defendiéndose sin poder exponer sus propias propuestas. Noche tras noche la brillante propaganda televisiva de Bush asociaba a Dukakis con la violencia y la inmundicia: un violador negro que, por error, había sido liberado cuando Dukakis era gobernador, la basura que flotaba en la Bahía de Boston (en realidad no podía limpiarse porque Reagan había vetado la iniciativa de ley sobre aguas). Dukakis, hijo de un inmigrante pobre, era retratado como un elitista de Harvard (poco importaba que Bush fuera el vástago de una vieja familia aristocrática de Connecticut y un graduado de Yale.) Se esparció el rumor de que Dukakis estaba bajo tratamiento psiquiátrico y que su esposa había quemado una bandera norteamericana. Hubo incluso un cartel que decía: "Los pervertidores de menores votan por Dukakis". Pero cuando las cosas llegaron al colmo y los republicanos temieron que la calumnia terminara volviéndose en su contra, Bush empezó a hablar de una nación "más amable y cortés".

Mientras ocurría todo esto la prensa se quedaba bien callada. En nada fue más evidente esta absoluta capitulación que en el caso de la elección vicepresidencial de Bush, el inimitable J. Danforth Quayle. Miembro de una de las familias más ricas de Estados Unidos, su padre, idolatrado por el hijo, había sido en 1950 un dirigente de la John Birch Society —que creía que Eisenhower era un agente de la KGB y la fluorización del agua una conspiración comunista para envenenar al país. (El viejo Quayle, dicho sea de paso, tiene ahora que ver con una revista que proclama que los demócratas están controlados directamente por Moscú, y los republicanos por trotskistas de Tel Aviv.) Un hombre que reprochó en la mayor parte de sus cursos en un pequeño y mediocre colegio, aunque se las arregló para graduarse e ingresar en una facultad de derecho (sin duda gracias a unos cuantos buenos donativos); un rabioso militarista —considerado muy a la derecha del Pentágono— pero que había escapado a la guerra de Vietnam cuando su padre le consiguió una plaza en la Guardia Nacional. Un hombre que entró en la política —es ri-

gurosamente cierto— porque había visto una película en la que Robert Redford llega a ser elegido senador gracias a su buen aspecto. (La película era una sátira pero J. Danforth la tomó en serio. Pensó: "Me parezco a Robert Redford: ¿por qué no puedo yo ser senador?", y gastó millones para que lo eligieran.) Un hombre cuyo carácter se quintaesencia en dos frases: habiéndose referido al Holocausto como al "momento más oscuro en la historia de nuestra nación", se le recordó que no había ocurrido precisamente en nuestro país, a lo que replicó con irritación: "Ustedes [los reporteros] nacieron en el siglo veinte: yo no". Y cuando le preguntaron por qué quería ser vicepresidente, contestó: "Parece ventajoso para mi carrera".

Nadie había oído nunca nada de Quayle cuando Bush lo escogió. En la prensa se desataron las investigaciones y cuando las bochornosas revelaciones comenzaron a aparecer, Bush y Quayle pasaron a la ofensiva quejándose de ser vejados y zaheridos. La prensa retrocedió y Quayle no volvió a aparecer en público durante la campaña (salvo en el debate con el candidato demócrata Lloyd Bentsen, en el que de nuevo la prensa se abstuvo de criticar la deplorable actuación de Quayle.) Así es perfectamente posible que un día pudiese ser Presidente J. Danforth Quayle, el candidato más radical que la derecha haya tenido nunca (incluyendo a Barry Goldwater) y seguramente uno de los menos inteligentes (aunque en esta la competencia es refida).

Todos rogamos que George Bush conserve su buena salud, aun cuando ya se ha convertido, en los tres meses entre la elección y la toma de posesión, en el Presidente más aburrido de que se tenga memoria en los tiempos modernos. Su personalidad, hasta donde puede verse, parece la de un hombre bebido en una fiesta —haya bebido o no. Su lenguaje habitual (ahora que ha regresado a sus formas no ensayadas) es peculiar hasta lo ininteligible. Habla un inglés muy extraño y lleno de modismos, una jerga de su propia invención, como si estuviese enamorado de su propia voz y sus chistes. Ha resultado ser un inventado actor de bromas pesadas: pasó el primer día de su investidura mostrando a todo el mundo una calculadora que arrojaba agua.

Lo peor es que parece que trata de asemejarse nada menos que a Teddy Roosevelt, nuestro último presidente de verdad detestable. Con la energía de un pírulo que ha ingerido anfetaminas, desde su elección ha pasado los días practicando con entusiasmo algún deporte. Difícilmente queda en el país una especie escamada o cubierta de piel que no lllore a uno de sus miembros muerto por una bala o un anzuelo de Bush. Cuando no se dedica a actos de carnicería, arroja cosas: pelotas de fútbol, beisbol y hasta herraduras. El único rasgo en común de los miembros de su gabinete es que todos son buenos jugadores de tenis.

Con frecuencia se le ve con un niño en las rodillas. Inició los festejos de la toma de posesión —costaron 30 millones de dólares, Carter gastó 3 millones en la suya— derramando elocuencia sobre la necesidad de revitalizar el deteriorado sistema educativo norteamericano. Cuando le preguntaron si restituiría algo del dinero que Reagan había recortado al presupuesto educativo, la respuesta fue, claro, *no*. Aprendió bien las lecciones del Maestro. Lo que tenemos por delante, según parece, son cuatro años más de circo y muy poco pan.

Traducción de Aurelio Asiain  
20 de enero de 1989.



Cabeza de chamán II, 1984

## CARTA DE ESPAÑA

### DIEZ AÑOS DE DEMOCRACIA

BLAS MATAMORO

EL AÑO 1988 se ha llevado dos renglones de historia española difíciles de borrar: el décimo aniversario de una Constitución a la vez monárquica, parlamentaria y democrática (los tres términos existieron, pero más bien descoyuntados, en la vida de este país) y la primera huelga general desde aquel lejano (por lo incomparable), minero y revolucionario 1934, el segundo preludio de la guerra civil tras la *sanjurjada* o fallido golpe de Estado de 1932.

Consolidar el régimen democrático no fue breve ni lineal. El Ejército anduvo meneándose durante siete años, reclamando, de manera poco coherente y muy anacrónica, el privilegio de ser la corporación que más había hecho por ganar la guerra contra el comunismo, en 1939. Hasta octubre de 1982 (el dictador había muerto en noviembre de 1975) hubo planteamientos militares.

Hoy, salvo los guerrilleros convertidos en terroristas de la ETA, nadie cuestiona el sistema político español. Los grupúsculos de izquierda se han disuelto o sus cuadros se han integrado en la izquierda parlamentaria, en tanto la ultraderecha, prácticamente, se redu-

ce a las manifestaciones del 20 de noviembre, con algunas papeleras quemadas y consignas obscenas contra el gobierno de turno y los reyes constitucionales.

Durante los años de la transición, los movimientos sociales sirvieron de amortiguador a las demandas de los colectivos, encuadrados todos dentro de los llamados Pactos de la Moncloa, suerte de compromiso histórico entre las fuerzas democráticas, destinado, antes que nada, a paliar los efectos económicos de un proceso de reajuste industrial, la "reconversión" que exigía destruir puestos de trabajo y capitalizar las empresas rebajando las rentas del salario.

Esta tendencia se esbozó con timidez durante el gobierno de Adolfo Suárez y se aplicó con cierta intransigencia entre 1982 y 1985, a comienzos de la legislatura socialista. Los sindicatos actuaron sectorialmente, protestando y negociando, a veces sobre episodios violentos, como los de Reinosa, en que hubo secuestros de guardias civiles y algún muerto por balas perdidas.

La economía española está en expansión, el paro se ha detenido, se han crea-

do cientos de miles de puestos de trabajo y las rentas salariales aumentan moderadamente, todo ello en estos tres últimos años.

¿Qué motivó la huelga general del 14 de diciembre de 1988, que algunos creen ser un hecho fronterizo entre la vieja y la nueva democracia española? ¿Se entiende un movimiento de protesta tan extremado y contundente como una huelga general cuando el orden político está consolidado y la economía va francamente bien? Más allá de las apariencias, habría que contestar: sí. Las huelgas son normales en los países democráticos y sólo cabe inhibirse de ellas si está comprometido el mismo código de libertades que las protege. En cuanto a lo económico, se trata de reclamar más porque hay más que reclamar, valga la repetición. La huelga fue un síntoma de la bonanza y no lo contrario.

Paradójico fue el resultado de la huelga y paradójicas se van mostrando sus consecuencias a lo largo de las semanas.

Cualquiera imagina una huelga general como un sismo social en que los sindicatos se ponen en pie de guerra contra el Estado, llevando al extremo la tensión

de su poder de presión. En España se dio todo lo contrario. Muchas empresas cerraron por temor a los piquetes, la población se quedó en sus casas mirando videos (la televisión empezó a funcionar normalmente sólo a las seis de la tarde), pequeños comercios, bares y tabernas bajaron sus persianas por temor a las pedradas y el transporte público anduvo con languidez para un público que parecía formado por los escasos visitantes a una ciudad desafiada.

Una España sin bares, tabernas, televisión ni coches circulando era un paisaje exageradamente alienado. La gente miraba la huelga por las ventanas, en tanto alguna señora despistada se creía en domingo y lucía un abrigo de pieles bajo el helado sol del invierno. Hubo episodios muy aislados de presión sobre empleados de grandes almacenes que intentaron trabajar, y alguna manifestación por la tarde. En lo demás, el hecho tuvo aspectos acusadamente posmodernos. Fue un evento del que se hablaba en los periódicos y en la televisión, pero cuya única realidad estaba depositada en el discurso de dichos medios de comunicación.

A pesar de sus objetivos concretos (alza de las pensiones y de la remuneración a los funcionarios públicos, retiro del contrato de aprendizaje para los desocupados jóvenes, etc.) la huelga tuvo el aspecto de un forcejeo, una confrontación, entre el gobierno y los sindicatos.

De estos últimos, la UGT (Unión General de Trabajadores) ha sido tradicionalmente socialista, y CCOO (Comisiones Obreras), comunista. Más aún: CCOO son lo único medianamente eficaz que tiene el comunismo español, un aparato que se divide, subdivide y pierde cuadros, que se ha estancado y aun retrocedido electoralmente y que no tiene otro recurso que la presencia callejera para actuar sobre la realidad. UGT no pudo quedarse al margen de la movilización comunista, y esto unió a dos corrientes sindicales separadas, en otro sentido, por tácticas políticas diversas: CCOO es un apartado del Partido Comunista, UGT es un pariente discoló de una supuesta familia socialista.

Se calcula que, entre voluntarios, temerosos e impedidos de viajar, unos ocho millones de trabajadores dejaron de concurrir a sus tareas. Ocho millones son los votos con que el PSOE ganó las segundas elecciones generales de sus le-

gislaturas, en 1986. Ni lerdos ni perezosos, algunos comunistas compararon las cifras y se creyeron legitimados por los ocho millones como para tratar al gobierno de igual a igual.

Ni lerdo ni perezoso, el gobierno respondió que la democracia española es parlamentaria y no plebiscitaria, que se gobierna por los mandatarios legitimados y no por la consulta directa del cuerpo electoral.

Los sindicatos, que habían hablado de paro y no de huelga (al revés que el gobierno) empezaron a admirar la segunda palabra. Primera paradoja: admitir que habían hecho lo que decían no querer hacer. Segunda paradoja: tras la huelga, las expectativas de voto de los socialistas, en vez de bajar, por la derrota política del gobierno, aumentaron ligeramente. Tercera paradoja: los sindicatos van a la negociación con el gobierno en los mismos términos en que la habían interrumpido siete meses antes.

Las lecturas de la huelga no pueden ser más diversas. Hay quien piensa que está dirigida contra la política económica del gobierno y no contra su legitimación. Otros la reducen a un contenido estrictamente sindical. Pero hay quien la amplía y considera que es una desautorización de todo lo hecho por el PSOE desde 1982. El gobierno no sigue creyendo que los sindicatos sólo representan al 9 por ciento de los asalariados.

No es la primera vez que el gobierno socialista se ve impugnado por un movimiento social de apariencias espectaculares y sin un contenido excesivamente claro. Ocurrió cuando el referéndum sobre la permanencia en la OTAN y durante la huelga de los estudiantes, que algunos apresurados quisieron comparar al mayo francés de 1968.

Se acusa a Felipe González y sus cuadros de gobernar encerrados en los despachos, escudados en sus votos, apoyados en la mayoría absoluta parlamentaria y sin sensibilidad para los reclamos de la calle. "Tengo mayoría absoluta, estoy gobernando, no me molesten" parece decir un gobierno jactancioso, prepotente y agudamente corporativo. A su derecha hay unas fuerzas destaraladas y a su izquierda una minoría testimonial e impotente, falta de identidad y parasitaria de cuanto hagan los socialistas. Los partidos de centro son un día revolucionarios y otro, conservadores. La alternativa parece inviable.

De hecho, el PSOE corre el riesgo de convertirse en partido único, en hijo y padre de la necesidad histórica, algo que no vale la pena explicar a los mexicanos, ciertamente.

Cabe preguntarse, entonces, por ciertas peculiaridades de la democracia española, ante todo por dos: la demanda social de un partido único con dirigentes más o menos hirsutos y mandones, y la falta de participación ciudadana en los llamados "cuerpos sociales intermedios": partidos políticos, sindicatos, asociaciones de vecinos, cooperativas, etc.

Las dos están estrechamente vinculadas. A una sociedad poco participativa corresponde una cúpula del poder que tiende al aislamiento, la autosuficiencia y el corporatismo. Frente a esta cúpula, la impugnación social se manifiesta de manera explosiva pero inconsecuente. Hay estallidos de descontento, pero no una organización del descontento. Por eso, a la mañana siguiente de la protesta, el gobierno mejora sus expectativas de votos.

Desde luego, hay en estas circunstancias una profunda huella de inexperiencia democrática y una todavía poderosa pedagogía social autoritaria, resultado de la prolongada y férrea dictadura franquista. Unos partidos políticos que saben que no podrán conmovir al único socialista tienden a tomar posiciones de un infundado radicalismo. Unas masas sociales que necesitan quejarse pero no quieren ocuparse de gestionar la queja de transformarla en crítica, tienden a la manifestación explosiva y pasajera de su cuestionamiento. De alguna forma, este oposicionismo inorgánico refuerza las posiciones de poder del PSOE, que sigue mostrando a la sociedad española el ejemplo de la única posibilidad de gobernabilidad que la misma sociedad ha generado: un partido cohesionado, con mandos y cuadros medios, disciplinado y con cierta flexibilidad para el debate interno, siempre que no ataque el eclecticismo de sus bases.

Los socialistas han ganado dos elecciones generales por la reunión de un electorado heterogéneo. Es la única manera de ganar elecciones en una sociedad posindustrial, basada en unas clases medias cada vez más extensas y en un espectro de asalariados cada vez menos coherente y homogéneo. Los que reclaman del PSOE viejos votos decimonónicos de clasismo obrerista no advierten

que la economía actual produce progresivamente menos obreros y que la sociedad del siglo XXI será un vasto conglomerado del sector terciario con minorías de campesinos y obreros manuales. La defensa del trabajador de este tipo es, de cierto modo, una opción por la marginalidad, es decir por la impotencia. La queja que no deviene crítica organizada sería su imagen débilmente política.

Ni la izquierda ni la derecha aumentarán su poder social hundiéndose en ideologismos. Esta es, en el plano doctrinal, la enorme ventaja que los socialistas han sacado a las demás fuerzas políticas españolas. A ello hay que sumar la necesidad de cuadros técnicos, que el PSOE busca donde puede hallarlos, sin inquirir demasiado acerca de sus simpatías ideológicas. Todo esto es ecléctico y pragmático, pero ha demostrado la capacidad de gestión que tienen los socialistas y su relativa facilidad para negociar con los factores de poder.

En España, las masas obreras no concurren a los partidos de izquierda para que defiendan sus intereses. Las corporaciones empresariales tampoco lo hacen en los partidos de la derecha. Prefieren, corporativamente, presionar sobre el gobierno que, hasta ahora, se identifica con el PSOE. Peligrosa tendencia, desde luego, que puede hacer del partido un ministerio y de Felipe González, un regente vitalicio que espera el día de su jubilación por razones de edad. Pero la palabra del cambio la tiene la sociedad española, que ha preferido, hasta hoy, dar un grito esporádico en vez de mantener unos susurros sostenidos.

La Academia de Bellas Artes de San Fernando, en su reconstruido caserón Goyeneche de la calle de Alcalá, muestra una serie suculenta de pinturas sobre tabla, que podríamos encuadrar en los comienzos del Renacimiento. Tablas catalanas y valencianas, flamencas y alemanas, propiedad de particulares que, gracias a la nueva legislación sobre patrimonio artístico, pueden mostrarlas con nombres y apellidos, ya que se les considera desgravados a ciertos efectos fiscales.

Rescato una tabla del Bosco, una de esas visiones infernales en que los condenados, convenientemente desnudos, se entregan a los más inocentes y serenos placeres. El Infierno bosquiano es lo más parecido al Paraíso recuperado,

donde todo es bello e ingenuo, desde una señora sodomizada por un demonio negro hasta un señor acostado con una enorme cerda de tocas monjales. Al fondo, en posiciones acrobáticas, otros personajes se enredan con las cuerdas de gigantescos instrumentos musicales, abuelos del arpa, tal vez.

A dos pasos, el Banco Exterior recuerda los 80 años de Remedios Varo, la pintora gerundense que vivió un largo exilio en México. España recupera con la exhaustiva muestra a una figura casi desconocida aquí, a menudo confundida con la poderosa corriente del surrealismo femenino mexicano de Frida Kahlo y Leonora Carrington.

Vínculo fácilmente al Bosco y Varo. Los dos, a su manera, eran surrealistas, si por surrealismo entendemos esa suerte de mirada atenta y obsesiva que permite acceder a la "otra" realidad, la que está arriba de la cotidiana y nos muestra, por ejemplo, un Infierno jocundo e inocente.

A menudo, el surrealismo pictórico ha sufrido una suerte de compulsión literaria que lo ha cargado de actitudes solemnes y abusivas. Es el doctrinarismo que maniató o entorpeció con piedras los gestos de ciertos nombres ilustres: Max Ernst, Salvador Dalí, Francis Picabia. El Bosco es el ejemplo contrario, el de un surrealista que por obvias razones de fechas, no pertenece a la obediencia retórica ni filosófica de la escuela. El suyo, como el de Varo, es un surrealismo corporal, visceral, propio de quien considera corriente encontrarse con un señor cuyo sombrero es un techo cargado de albañiles y de cuyo trasero surgen poblaciones de desconocidos que deciden refugiarse en una nave gótica.

Remedios Varo nos narra sus alucinaciones en clave de cuento infantil, como si una niña preocupada y memoriosa nos contase que ha visto en un parque inundado de lluvia a dos amantes que en lugar de caras tienen un doble espejo en que se mira un tercer personaje, en tanto una monja cuyo cuerpo es un monociclo merodea entre árboles que son damas arcaicas de ojos cerrados y una hilandería tira de una hebra que sale del pecho de su galán, en que se ahonda una lonja renacentista, pródiga de arcos y bóvedas.

Esta ligereza casi pueril con que Remedios ha reiterado sus fantasmas familiares la ha salvado del anticuamiento

que ataca al arte excesivamente apegado a una doctrina. Si cuentos infantiles y visiones infernales en código de copia anónima ha habido siempre, Remedios también sigue habiendo, en ese mundo sin fechas ciertas en que el Lobo Feroz y La Cenicienta conversan, sin mayores remilgos ni ceremonias, en el Jardín de las Delicias.

Da para pensar cuánto perdió el imaginario español tras la guerra, estrangulado por el realismo más pedestre y lejos de la libertad imagística de los años en que Benjamín Palencia y Maruja Mallo, Remedios Varo y Alberto Sánchez eran jóvenes y se paseaban entre gatos estelares y mesas levitantes, verbenas con marineros voladores y laboratorios de alquimistas en que una tejedora minuciosa urdía de trama del mundo.

En ajetreadas ciudades, en imperceptibles aldeas, en inmóviles cascos históricos de España, la taberna es como el sello nacional que ordena calles y gentes en trono a un mesón de madera o de fórmica, cubierto de platillos con pequeñas dosis de comida caliente o fría (las "tapas") y artilladas filas de vasos con bebidas que estimulan o deprimen. No es la cantina mexicana, institución de alcoholeros y varones solitarios, ni el "bolicho" argentino, a menudo mezcla de bebedores aislados y de familias inocuas. La taberna española es una institución esencial a la sociabilidad de este país, que recoge agrupamientos ancestrales como la tribu, el mentidero barroco y el café liberal del siglo XIX.

La taberna instituye una cultura de la promiscuidad y de la indiferenciación social, una red de relaciones en que se mezclan, en cantidades equilibradas, la anarquía y el autoritarismo. Anárquica es, en efecto, la actitud de no ordenarse en jerarquías, ponerse todos de pie a lo largo de la barra, empujarse leve o fuertemente para llegar hasta las viandas y bebidas, pasar sardinas ensartadas en palillos o chorreantes aceitunas por las narices del vecino. Anárquica es la mezcla de objetos y discursos que se amontonan en el espacio de la taberna: conversaciones íntimas, interpelaciones a los desconocidos, restos de comida que se dejan caer al suelo, voces de la televisión, sonidos del pinbol y la tragaperras, disparos de los juegos electrónicos que siempre enfrentan a indios y soldados, a marcianos y terrícolas.

Pero la promiscuidad se torna autoritaria cuando el discurso se impone sin el consenso del que escucha. O, por mejor decir, del que oye, en pasiva disposición a recibir tal bombardeo de signos. En una taberna es legítimo ponerse a conversar o hacer declaraciones personalísimas a interlocutores vistos por primera vez, anécdotas que, a su vez, puede oír, glosar y comentar todo el mundo. Esta falta de privacidad del discurso, este parloteo de plazuela mediterránea, donde todo tiene dimensión pública, impulsa el decir, porque le quita la dimensión de la intimidad, que protege y, al tiempo, libera. Última consecuencia de una cultura católica, basada en la liturgia y en la confesión, la taberna es la gran usina del discurso tópico, del decir que es "lo que hay que decir".

Es, por lo mismo, expresión privilegiada de lo oral, que tanta importancia tiene en la elocución española. Decir y comer son las dos actividades tabernarias por excelencia y hacen a la conservación y transmisión de costumbres ancestrales: refranes, lugares comunes, latiguillos, mezclados con recetas de antiquísimos adobos, fritangas y guisados, todo entrando y saliendo de boca en boca, como la urdimbre de un discurso que se sostiene en el aire, seguro de repetirse y consolidarse a través de los siglos.

Otro rasgo de cultura tradicional es la mezcla de generaciones que se observa en las tabernas. Ellas son el club privado de la gente modesta, pero privado de su privacidad, si cabe, como si esta condición fuera una prerrogativa de

las clases altas. Es una síntesis de dos atributos convencionales del español, opuestos y complementarios: la locuacidad y la reserva.

Hablar en voz alta, sin discriminar al interlocutor, diseminar el discurso como si se dirigiera a una multitud, son rasgos de locuacidad. Pero recortar el decir porque se habla, precisamente, en público, es una manera de reservarse o de no descender nunca a la intimidad consigo mismo —con el otro— en cuyo silencio se escucha la voz "auténtica": la voz propia. La taberna es la cámara de ecos de una tónica cultural fuertemente sometida a control, endurecida por la reiteración mecánica y, como toda oralidad, niveladora, igualadora, despersonalizante. De nuevo, el autoritarismo y la anarquía, codo a codo.

## LA ESCENA POLÍTICA

### ¿HACIA EL NEOCORPORATIVISMO?

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

CON LA CAÍDA de la dirección del sindicato petrolero se inicia el proceso de reestructuración de las relaciones entre el Estado y el sindicalismo mexicano. El proyecto de modernización (política y económica) que se ha venido impulsando no puede alcanzar sus metas si no se modifican las estructuras sindicales. Esta es la razón fundamental en la decisión del gobierno de la República, a la que no le faltan sino le sobran fundamentos de orden legal; sin embargo, también es un hecho que con este acto el presidente conquistó el beneplácito de la opinión pública y traza lo que puede ser una estrategia saludable para fortalecer la legitimidad del nuevo gobierno. No se debe olvidar la experiencia del sexenio anterior: la política de la renovación moral despertó grandes expectativas, que luego no se cumplieron; el potencial de legitimación seguía y sigue estando allí. Guardadas las proporciones, Salinas de Gortari dispone de un filón de legitimación semejante al de

Gorbachev en la Unión Soviética. Por otra parte, es indispensable que la presidencia de la República se distancie de un conjunto de intereses creados para que puedan llevarse adelante las reformas que el país demanda.

Los grandes momentos de la reestructuración sindical serán dos: el primero —se inició ya— abarca a los trabajadores al servicio del sector público —sean éstos empleados de empresas paraestatales o de secretarías de Estado—. El segundo incluye las relaciones con el conjunto de las organizaciones sindicales afiliadas al Congreso del Trabajo y muy particularmente con la CTM; aunque los acontecimientos del 10 de enero ya empezaron a repercutir en este ámbito, la coyuntura decisiva se abrirá con la sucesión de Fidel Velázquez.

La naturaleza de la relación que existe entre los sindicatos y el gobierno de la República varía dependiendo del sector —privado o público— que emplea a los trabajadores: cuando se trata del

sector privado, el gobierno puede desempeñar un papel mediador entre los actores en conflicto (la empresa privada y el sindicato); pero cuando se trata del sector público, el gobierno se convierte en el interlocutor directo de los sindicatos. De acuerdo con este esquema se podría suponer que las negociaciones entre el gobierno y los sindicatos del sector público han sido mucho más duras y conflictivas; sin embargo, esto no ha sido así hasta el sexenio pasado. Durante los gobiernos de Echeverría y de López Portillo los trabajadores estatales se vieron favorecidos por la expansión de las empresas públicas y por el funcionamiento de las mismas. El ejemplo más ilustrativo es justamente PEMEX: bajo la administración de Díaz Serrano, y dadas sus aspiraciones políticas, la dirección del sindicato obtuvo una serie de concesiones que le dieron enormes poderes y recursos. Lo mismo ocurrió en menor escala en otras empresas: es bien sabido que el peor defecto que

puede tener un funcionario público es el de crear problemas. La decisión de racionalizar el sector público, que se tomó con el gobierno de De la Madrid, no tenía más que dos alternativas: la depuración de las empresas estatales —liquidación y venta de las no prioritarias— y la depuración de las direcciones sindicales. Es claro que en el sexenio pasado se optó por el primer procedimiento (aunque no hay que olvidar que fue entonces cuando se comenzaron a limitar los privilegios de la dirección del SRTPRM); pero también es claro que dicho procedimiento tiene límites: hay empresas y actividades del sector público que no se pueden delegar, tal es el caso de la producción de petróleo y de la educación. Llegados a este punto, el gobierno de la República enfrentó el dilema de enterrar el proyecto de modernización (económica, administrativa y política) o depurar a las organizaciones sindicales. El conflicto, pues, como era previsible, se tornó en cuestión de vida o muerte política, tanto para el gobierno de la República como para los líderes petroleros.

La fuerza de la dirección del sindicato petrolero provenía de sus enormes recursos, pero también del hecho de controlar un sector estratégico; por lo mismo, se había convertido en la punta de lanza de todos los sectores que se oponían al proyecto de modernización. Es previsible que el golpe contra la dirección del sindicato petrolero tendrá un efecto de reacción en cadena; sin embargo el efecto se sentirá principalmente en los sindicatos que afilian a los trabajadores del sector público. A partir de la experiencia de petróleo es muy probable que se encuentren nuevos mecanismos de negociación con otras direcciones sindicales, como la del SNT. Hay que tener en cuenta que la verdadera solución del problema, en lo que se refiere a los grandes sindicatos nacionales del sector público, no está sólo en la depuración de las direcciones sino en cambios en la organización misma del empleo: en el caso del SNT la descentralización educativa es el único camino viable y en el caso de petróleo bien podría ser la sectorización en varias empresas públicas autónomas.

El verdadero proceso de reestructuración, en lo que toca a los sindicatos relacionados con el sector privado, se abrirá con la sucesión de Fidel Velázquez.

El liderazgo de don Fidel ha sido crucial en la conducta y en la unidad que ha mantenido la CTM. Pero, además, la CTM ha jugado un papel hegemónico respecto de las otras organizaciones que están agrupadas en el Congreso del Trabajo. Por eso, con la sucesión de Fidel se plantean dos incógnitas mayores: a) si la CTM no se fragmentará en varios liderazgos y b) si conservará el papel hegemónico que ha desempeñado hasta la fecha. En este sentido, la dirección del sindicato petrolero representaba un peligro mayor: la posibilidad (nada irreal) de que Joaquín Hernández Galicia se convirtiera en el sucesor de Fidel Velázquez y de que el sindicato petrolero hegemonizara al resto de las organizaciones de la CTM y, por este medio, a las organizaciones del Congreso del Trabajo. En esta perspectiva, la dirección del SRTPRM representaba un verdadero desafío a la "razón de Estado".

La reestructuración de las relaciones del sector obrero con el gobierno estarán determinadas, en buena medida, por la forma en que se resuelvan las incógnitas arriba enunciadas. Hay, sin embargo, otros factores que también serán determinantes: desde los años setenta se ha venido desarrollando un movimiento sindical —independiente de las organizaciones oficiales— que, aunque no tiene una fuerza equivalente a organizaciones como la CTM, podría jugar un papel importante en un esquema pluralista. Por otro lado, el corporativismo estatal implicó la afiliación política forzosa y el monopolio de las funciones públicas por el PRI: después de las elecciones del 6 de julio —en las que la afiliación forzosa mostró todas sus limitaciones— y en el contexto de un sistema pluripartidista, tanto la afiliación forzosa como el monopolio del espacio público parecen condenados a desaparecer o, al menos, a sufrir transformaciones sustanciales. Tomando en cuenta estas variables, en forma muy esquemática se pueden construir dos grandes escenarios: uno, muy improbable, en el que prácticamente todo sigue igual: el sindicalismo oficial continúa con la misma estructura y cumpliendo las mismas funciones que ahora, pero en el contexto de un sistema pluripartidista; y otro, en el que todo cambia de manera radical: un neocorporativismo societario en el que los sindicatos se desvinculan del partido oficial, y el pluralismo y la completa autonomía

sindical se convierten en los rasgos más sobresalientes. No es improbable que el futuro más cercano suponga una combinación de ambos escenarios: que, por una parte, ciertos sectores de la clase obrera continúen estrechamente vinculados al PRI y al gobierno (podría ser el caso de sindicatos clave, como el de petróleo), y que, por otra parte, se fortalezca un esquema más plural y con mayor autonomía. Sin embargo, para que el corporativismo societario (sindicatos con mayor autonomía respecto del Estado y con mayor consenso entre sus bases) pueda consolidarse es necesario que aparezcan liderazgos pragmáticos y con claridad sobre la cuestión laboral: de otro modo, los conflictos laborales se transformarán en conflictos políticos que terminarán, como ya ha sucedido, con el desgaste o la desaparición de las organizaciones sindicales; este ha sido el caso cuando los partidos (o los grupos) de izquierda han hegemonizado a las organizaciones sindicales y han supeitado los intereses gremiales a los intereses políticos. El surgimiento y la consolidación de una cultura sindical, al margen de los partidos políticos y sus intereses, es una de las condiciones indispensables para que funcione un esquema sindical plural.

#### UN DESENCUENTRO HISTÓRICO Y VARIAS ASIGNATURAS PENDIENTES

La postura adoptada —ante el encarcelamiento de la Quina— por la izquierda en general, aunque hubo honrosas excepciones, fue algo más que sorprendente, y constituye un síntoma sobre el cual hay que reflexionar detenidamente. Dejemos de lado la postura del PFCRN (antes PST) que, si no justificada si coherentemente, decidió defender a los líderes petroleros: todo el mundo sabe que el PST nació cobijado por el gobierno de Echeverría y que en años recientes contaba con el apoyo de la dirección del sindicato petrolero: en 1985 los petroleros, por instrucción del sindicato, dieron sus votos plurinominales al PST. Ahora bien: independientemente de los matices, los partidos del Frente Democrático Nacional, con excepción del PARM y con la adhesión del PMS, coincidieron en tres cuestiones: 1) que la intervención del ejército violó la Constitución; 2) que se reprimió a la Quina porque se oponía a la política económica

ca del gobierno, si no es que al proyecto de privatización de PEMEX; 3) que el clima autoritario que se vivía obligaba a los partidos a salirse de la consulta sobre la reforma electoral —posición que luego fue rectificad—. Como corolario de lo anterior se exigió, al menos en un principio, la liberación de los líderes encarcelados. Hubo dirigentes que no vacilaron en calificar de "fascista" el acto del gobierno ni, por supuesto, en considerarlo un golpe al movimiento obrero.

Lenin decía que en política se valía aliarse hasta con el diablo; la izquierda mexicana, más modesta, entre el gobierno de la República y la Quina optó por ésta, sin duda porque para la izquierda el gobierno es igual o peor que el diablo. Hubiera podido condenar el procedimiento, justificando el objetivo, o condenar el procedimiento y el objetivo, manteniéndose al margen de la demanda de excarcelación, es decir, no tomando el partido de la Quina; pero optó por la demanda más radical y, en este caso, más irracional e injustificada. Lo más grave, sin embargo, está en la irresponsabilidad con que se comportó ante sus electores y ante su función de oposición política. Es un hecho que más allá del desprestigio que le significará entre una buena parte del electorado, la posición adoptada no tuvo mayor consecuencia; pero ¿qué hubiera pasado si el quimismo rompe primero con el gobierno y decide aliarse con la izquierda? ¿Quién puede dudar seriamente que hoy Hernández Galicia sería defendido como un verdadero paladín del nacionalismo revolucionario? Por paradójico

que parezca, hay que reconocer que fue la acción del gobierno la que salvó a la propia izquierda de una alianza que hubiera hipotecado su vocación democrática... o lo que queda de ella. Por otra parte, la renuncia a participar en la consulta electoral implica dos incongruencias: en primer lugar, se dio después de que el gobierno aceptó integrar la comisión de consulta electoral con la participación igualitaria de todos los partidos, lo que dejó al PRI en minoría frente a la oposición; este acto, que satisfacía una demanda de la oposición, manifestaba una voluntad explícita de negociación y apertura. En segundo lugar, a lo menos que tienen derecho los electores que se pronunciaron por el FDN es a que los partidos que lo integran hagan su mejor esfuerzo por mejorar los procesos electorales: ¿con qué derecho, entonces, dejar sin representación a estos electores para defender al paradigma de la corrupción sindical en México?

En la defensa de la Quina hubo, sustruyendo cualquier consideración de orden moral, un cálculo de *realpolitik*: las primeras reacciones del Congreso del Trabajo seguramente les permitieron albergar la esperanza de una ruptura entre el gobierno y el movimiento obrero. Apostaron, a costa de su responsabilidad como oposición política, a la posibilidad de transformar el caso de la Quina en un conflicto político mayor. Ahora bien: la dirección del sindicato petrolero representaba un desafío para el Estado y no sólo para el actual gobierno. La razón es muy sencilla: sin importar el color del gobierno, es evidente que la dirección

del sindicato usaba (y hubiera usado) el chantaje para conservar sus privilegios. Así, en el momento en que empieza a reestructurarse la relación del gobierno con el movimiento obrero, el "programa" de la izquierda apunta hacia una alianza con el viejo corporativismo (el tan denunciado charrismo), cuyo costo político evidente sería la defensa de una serie de privilegios injustificables.

La historia de la izquierda mexicana, particularmente de los marxistas-leninistas, bien puede definirse como la de un desencuentro con la realidad nacional. Marginales y minoritarios durante décadas, ascendieron a la escena política nacional en el momento en que apoyaron la candidatura y el programa de Cárdenas de un miembro disidente de la "familia revolucionaria". Pero no han podido —y no sólo los marxistas— asumir su nuevo papel y sus nuevas responsabilidades. Con su comportamiento reciente la izquierda enuncia una nueva asignatura que le queda pendiente: una oposición responsable no puede fincar-se en un antigobierismo visceral que se transforma en un antiestatismo primario. (Otra asignatura pendiente: su actitud frente al "socialismo real"; y otra: su posición ante un movimiento estudiantil (CEU), que defiende privilegios —prácticamente corporativos, como el pase automático— y que no tiene más proyecto que una suerte de populismo anticadémico.) Mientras la izquierda no salve sus asignaturas pendientes su proyecto será, en el mejor de los casos, y ya se ve que puede haber peores, un regreso al pasado.

## EL IMPERIO DEL OLVIDO

CLAUDE ROY

*Entre los efectos vivificantes de la "perestroika" se encuentra la aparición a la luz pública de la verdadera literatura rusa y, en menor grado, las de las otras lenguas soviéticas. Aparición en el doble sentido de mostrar aquello que estaba oculto y aquello que acaba de nacer: resurrección de muchas obras y nombres precipitados al olvido por los comisarios ideológicos y surgimiento de*

*una nueva literatura. Los dos fenómenos son indisolubles: los autores contemporáneos reanudan, literalmente, la gran tradición literaria rusa, sobre todo la escrita en el siglo XX y que desde la época de Stalin había sido escondida. En Vuelta, dentro de los límites más bien reducidos de nuestras posibilidades, nos hemos esforzado por dar a conocer al público hispanoamericano los dos*

*aspectos de este renacimiento. (Véanse los números 129 y 140, de agosto de 1987 y de julio de 1988. Reproducimos ahora un artículo de nuestro amigo Claude Roy sobre el mismo tema (Le Nouvel Observateur, No. 1612, del 18 de enero de 1989. Roy se ocupa de tres obras recientemente traducidas al francés: la novela de Andrei Bitov (La casa de Pushkin), la Historia de la literatura rusa*

moderna, dirigida por Efim Etkind (dos tomos) y La civilización soviética de Andrei Siniavski. En un pasaje de su artículo Roy nos dice, mejor dicho: nos recuerda, que el arte del olvido dirigido no es exclusivo de los países totalitarios, aunque en ellos haya alcanzado una perfección aterradora. Roy cita varios ejemplos de "olvido voluntario" en la historia política, artística y literaria de Francia. En México también conocemos esta enfermedad moral y apenas si es necesario repetir que no sólo nombres y sucesos sino épocas enteras (Nueva España, el Porfiriato) han sido sepultadas y deformadas por la furia ideológica y la censura oficial.

**H**ARÁ VEINTE AÑOS, el cineasta italiano Marcello Pagliero me contó un episodio de su reciente estancia en Moscú. Revisaba viejas cintas de noticias para un documental, en compañía de jóvenes técnicos rusos. "Vaya, es Trotski", murmuró para sí al ver que Lev Davidovitch aparecía en la pantalla. Un concierto de voces rusas le suplicó: "¡Quién es! ¡Enseñanos quién es!" Esa sala de jóvenes soviéticos ignoraba hasta el rostro del compañero de Lenin. La censura del jefe supremo, los revólveres de sus verdugos, el piolet del asesino al que enviara habían cumplido su tarea: hacer caer el olvido sobre Trotski, borrarlo del pasado.

El olvido tiene dos funciones. Es servidor de la vida. Es cómplice de la muerte. El olvido benéfico selecciona borrando, desmonta lo adventicio, lo accesorio o lo marchito para dejar sitio a los nuevos retoños. Sanea barriendo. El olvido mortífero, en cambio, no deja su lugar a la memoria verdadera: es la violación y el ultraje. Suprime por la fuerza a los testigos molestos, como un asesino "suprime" a su víctima. El rostro ingenuamente impudico del olvido forzado: eso son los arrepentimientos de la pintura oficial, como el de David al escamotear a Josefina, recientemente repudiada, de la "Distribución de las águilas".

Que los Estados stalinistas y sus aliados, imperios del olvido, sean los amos indiscutidos del arte de hacer naufragar la memoria no debe hacernos olvidar nuestros propios olvidos. La revista *Le Genre humain*, en su número "Políticas del olvido", insiste con toda razón en que los franceses no hacen demasiados esfuerzos de memoria para acordarse de las docenas de argelinos arrojados al Se-

Entre los casos que menciona el escritor francés está el del pintor David, que en una de sus grandes composiciones oficiales escamoteó la figura de Josefina, recientemente repudiada por Napoleón. Entre nosotras hay un ejemplo no menos sino más vergonzoso: un secretario de Educación Pública, Narciso Bassols, ordenó que se borrara en una pintura mural de Roberto Montenegro (La Fiesta de la Santa Cruz), en el antiguo convento de San Pedro y San Pablo, la figura de José Vasconcelos; en su lugar se pintó la de una mujer. A ninguno de nuestros críticos se le ocurrió, que sepamos, denunciar el atropello. Extraña actitud, sobre todo si se

advertiere que muchos de ellos —Raquel Tibol y Luis Cardoza y Aragón como prototipos notorios— han criticado con acritud (y con muchísima razón) la bárbara destrucción del fresco de Diego Rivera en el Centro Rockefeller de Nueva York y las de otros murales de Siqueiros y de O'Gorman en Los Angeles y en la ciudad de México. En el caso de Vasconcelos, por lo visto, la ideología acalló a la indignación moral. En la Unión Soviética la censura oficial impuso el silencio; en México el silencio fue voluntario y se convirtió en cómplice del olvido por decreto.)

O.P.

na la noche del 17 de octubre de 1961 —un acontecimiento que apenas se recuerda— o el aniversario de los acuerdos de Munich, para no hablar de la memoria oculta de la ocupación. Pero esas censuras, por deplorables y culpables que sean, no tienen el carácter de olvido de Estado que hay en la URSS, institucionalizado a lo largo de tres cuartos de siglo. Olvido tan profundamente metido en la carne y el espíritu que la vida intelectual y política soviética parece, luego de la experiencia de Gorbachev, una verdadera tentativa de arqueología nacional, la apertura de innumerables campos de excavaciones. En *La civilización soviética*, Andrei Siniavski se entrega a la explotación arqueológica de los nombres de ciudades: "La ciudad de Brezhnev recupera su nombre: Naberejnie Chelny... ¿Cómo Mariupol va a sacudirse el yugo vergonzoso: la Universidad de Leningrado no lleva también el nombre de Zhdanov, ese enemigo y estrangulador de la cultura rusa? La pregunta vale para Leningrado. Para Oulianovsk (Simbirsk), para Kalinin (Tver). Para Kaliningrado (Königsberg). Para Gorki (Nijni - Novgorod)... Ante esta sola enumeración, queda uno presa del estúpido..." Casi se diría que en la URSS uno vuelve a publicar antes de haber publicado, que uno redescubre más de lo que vio nacer y que, en la vida pública y literaria, un inmenso ejército de "aparecidos" está en marcha.

"Novela de la humillación infinita" es el subtítulo de *La casa de Pushtkin*, la notable novela de Andrei Bitov. Un libro sutil, sinuoso, complejo, construido con una amarga ironía sobre tres "referencias" clásicas en Rusia: *Padres e hijos* de Turgueniev, *Un héroe de nuestro tiem-*

po de Lermontov, *El caballero de bronce* de Pushkin. Para dar una idea de la burla feroz de la novela, basta decir que el capítulo situado bajo la égida de *Padres e hijos* se centra en el retorno del abuelo, que ha pasado casi la mitad de su vida en los campos de concentración. A su nieto nunca le han dicho nada de eso. Ni se imaginaba que su abuelo estuviera vivo. Un profundo malestar lo embarga. "Es como el anuncio de una muerte súbita el de que está vivo un hombre que siempre había estado muerto. Un mal sueño". Ese malestar se agravará cuando el nieto descubra que su padre ha renegado del abuelo, se ha apropiado de la cátedra de la que el deportado era titular, criticando sin vergüenza la obra de su padre zek. Copn talento, Bitov hace sentir la doble corrupción de un pueblo que ha dormido durante setenta años sumido en lo más profundo de la corrupción moral: una sociedad en la que el hijo se apodera del lugar del padre desde que los esbirros lo hacen desaparecer. Una corrupción aun más indefinible, la de un universo donde ronda constantemente el sentimiento de una ausencia, de una falta de algo esencial que se calla. Ya no sabe uno lo que ha sido obligado a olvidar. Se ha olvidado lo que había que olvidar. Pero una vaga y turbia inquietud persiste, semejante a la del niño Liona en *La casa de Pushtkin*, quien se da cuenta un día de que todas las fotografías de familia han desaparecido, y de que siempre ha resentido, sin explicárselo, una falta, una ausencia, una sorda angustia.

Si no estuviéramos ya aturridos por la vastedad de la obra destructora en los territorios de la memoria en la URSS diríamos que los dos volúmenes apareci-

dos de la gran *Historia de la literatura rusa* nos dejan realmente estupefactos, como lo haría en un sueño la llegada de ese ejército de aparecidos del que he hablado hace un momento. Aparecidos en todos los sentidos de la palabra: los dos volúmenes dirigidos por Etkind, Nivat, Senman y Strada se parecen mucho a un martirologio. Fusilados, suicidas, muertos en la deportación, "víctimas del culto", rehabilitados a título póstumo, los escritores no son quizá una categoría excepcionalmente martirizada. Kulaki o "saboteadores", agentes del Servicio de Inteligencia o "Trotskistas", millones de hombres de todas las clases han perecido o sufrido la misma muerte y los mismos sufrimientos que los "intelectuales". Cada semana, las *Noticias de Moscú* publican documentos abrumadores —que al mismo tiempo suelen ser reconfortantes: no todas las cabezas se doblegaron, no todos los hijos se alzaron contra sus padres viles, como los personajes de Bitov.

"Un lenguaje libre", escribió Herten en 1847, ha sido siempre considerado entre nosotros como una insolencia". Cierta idea de la insolencia y del valor ha persistido a pesar de todo en Rusia. La insolencia crítica se cuela obstinadamente en los intersticios de la literatura "autorizada". Con toda razón Efim Etkind, "disidente a pesar suyo" (así tituló a un hermoso libro), llama la atención no sólo sobre los mártires sino también sobre escritores "muertos en su cama"

pero que no tuvieron pelos en la lengua, como Kornei Chukovski (1882 - 1969) o Maximilian Volochin (1877 - 1932). Chukovski no vacilaba en disecar fríamente el "conservadurismo" de Gorki, ese conservadurismo que le permitía adherirse a Stalin. Ya en 1920, Volochin anunció lo que habría de venir: "Las semejanzas internas entre el bolchevismo actual y la autocracia rusa revolucionaria" (Volochin habla de las 'revoluciones' de Iván el Terrible y de Pedro el Grande) "es sorprendente. (...) Rusia seguirá siendo una monarquía a pesar de la actual 'revolución socialista'. (...) El socialismo es profundamente estatal en su esencia. Será llevado, por la lógica necesaria de las cosas, a buscar puntos de apoyo en la dictadura y luego en el cesarismo". Apartado del mundo, viviendo solitario en Crimea, Volochin había previsto a Stalin cuando Lenin vivía todavía.

Las mil ochocientas páginas de estos dos volúmenes constituyen una exploración apasionante de tierras de veras desconocidas, un viaje más allá del olvido. Lo desconocido no es solamente el gran ejército de los desaparecidos, los borrados, los amordazados, los que acabaron en los campos de concentración, en la miseria, en la emigración, aquellos cuya obra nunca se reimprimió, o no fue publicada nunca, o fue machacada. Lo desconocido es con frecuencia la vertiente sistemáticamente ocultada de un escritor sin embargo conocido, conocido y desconocido, como lo son Zot-

chenko, Yuri Oliecha, Zamiatin, Babel. Es, a veces, la obra notable de un escritor en sus comienzos, que zozobra luego en el compromiso, el panegírico de los asesinos y la mediocridad de "lo oficial", como Alexis Tolstoi. Es también frecuentemente la obra de un escritor complejo, que se debate entre su inspiración y sus sumisiones, su revuelta y la prudencia, como Vsevolod Ivanov. En el país del olvido tirano, los héroes no fueron solamente los que rechazaron el silencio, la mordaza, el deshonor, los que pagaron la palabra a precio de sangre. Hubo otra forma de valor y de resistencia, la testarudez de la memoria en luchar contra el olvido, en conservar esos documentos, esos textos, esos libros que la glasnost hace salir ahora y que los historiadores del silencio y los lectores de la clandestinidad han preservado de la desaparición. El modelo de ese valor y de esa tenacidad es la viuda del gran poeta Ossip Mandelstam, muerto en un campo de concentración. Nadiezhda Mandelstam vivió para "hacer pasar" la obra de su marido, que aprendió íntegramente de memoria. Vivió para escribir sus admirables *Memorias*, ese monumento contra el olvido erigido por una mujer sola y perseguida, en una época en que elevar un monumento a las víctimas de la represión stalinista era impensable en Moscú.

Traducción de Aurelio Asiain

© *Le nouvel Observateur*

## MEDIA VUELTA

42,200 PESOS

GUILLERMO SHERIDAN

EL NÚMERO QUE encabeza esta columna, que para el lector puede ser un número como cualquier otro, es para mí muy especial: es el número que, desde un hallazgo que hice el otro día, está tatuado en el antebrazo de mi dignidad.

El número 42 200 corresponde, en pocas palabras, a la suma que devengo mensualmente como profesor del semi-

nario monográfico "Ramón López Velarde" en la Sección de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

El hallazgo, desde luego, no es ese, sino el de haber descubierto que, por un asombroso azar, la cifra corresponde, exactamente, a la cantidad que pago al

principio de cada comida cuando asisto, una vez al mes, a una fonda decorosa acompañado por mi amiga.

El hallazgo me llevó a hacer el siguiente razonamiento: ocho horas de clase (que implican cuatro de preparación, cuatro horas de transporte y que me regañe el vendedor de libros que pone su tendido a la entrada de la Facultad por-

que pisé, sin querer, un ejemplar de *Humano, demasiado humano* equivalen a dos comidas corridas sin huevo en el arroz. O, de otra manera: lo que yo gano por dar un seminario en Altos Estudios en la UNAM en un mes, me sirve para comer un día al mes. De lo que se desprende que los cuarenta y cinco minutos que me tardó en explicar el concepto walterbenjaminiano de la bohemia entre las clases sociales urbanas del Segundo Imperio, y luego comparar todo eso con México, equivalen ni más ni menos que a cinco cucharadas de sopa del día (aunque no se sepa de qué día). Del mismo modo, las dos horas que me lleva explicar la forma en la que, siguiendo el pensamiento de Martha Canfield, López Velarde padeció la influencia de Frederi Mistral y los felibros provenzales en su propio ejercicio de la nostalgia del mundo agrario, equivalen a un chile relleno (aunque no se sepa de qué está relleno). Glosar críticamente "El retorno maléfico" en una hora aporta el arroz sin huevo, escuchar veinte minutos a mi alumna que hace un trabajo sobre "La complota como símbolo de la femineidad" me dispensa un bolillo y una hora de bibliografía crítica añade el agua de chía. En síntesis, mis dieciséis horas de trabajo mensual (y las cuatro regañadas del vendedor de libros) se convierten en una hora de comida, incluyendo la sobremesa. Desde luego que uno puede poner en su *currículum* que dio un seminario en Altos Estudios sobre López Velarde y, en cambio, no puede poner que se comió una comida corrida sin huevo —lo cual, por otra parte, es mucho más apasionante—, pero, dicho sea con franqueza, se me antoja demasiado exiguo el beneficio. La otra cosa es que si yo no doy bien mi clase, mi alumno que lleva dos semestres empeñado en probar que López Velarde es marxista-leninista me mira con bastante rencor, mientras que si el chile relleno está frío no hay más remedio que aguantarse.

Un añadido patético pero importante a todo este asunto consiste en que, además, yo tengo que pagar la comida de inmediato, mientras que la UNAM se tardó ocho meses en entregarme mi primer sueldo. Y, por si fuera poco, como en el restaurante saben que yo trabajo en la UNAM (y no porque lo haya dicho, sino porque, al preguntar a cuánto aumenta la comida si se incluye el huevo, uno se delata), tengo que sufrir la vergüenza de

que me cobren por adelantado, pues parece ser que no es infrecuente que los maestros de la UNAM salgan con que no les alcanza para el huevo que, llevados por la gula, solicitaron indebidamente (huelga aclarar que, al ver el comportamiento de su patrón, el mesero también pide su propina por adelantado).

Ahora bien, la raíz de todo este problema consiste en no haber logrado pasar, en la rigurosa meritocracia que nos rige, de ser un académico universitario a ser un funcionario universitario. Como se sabe, el apasionante mundo de la academia se divide en dos grandes grupos: a) el de los funcionarios y b) el de los administrativos. El hecho de que ambos grupos deriven su razón de ser del subgrupo que hace tiempo desplazaron es meramente fortuito. Un académico tiene importancia sólo en la medida en la que es un potencial funcionario o en la medida en que ya lo fue, antes de haberse convertido en funcionario del PRI. De esta manera puede proponerse un nuevo postulado: académico es aquel que ha entendido que su razón de ser académico radica precisamente en dejar de serlo, y devenir funcionario. Los que no hemos acabado de entender ese prístino principio nos merecemos no comer huevo montado en el arroz.

En la fonda miraba a veces al doctor G., un investigador que devino funcionario universitario y dejó de asistir ahí. Hace poco lo volví a ver, retratado en la *Gaceta de la UNAM*. Traía, discretamente asomada en el bolsillo, una Montblanc del tamaño de un submarino. G., académicamente había sido bueno, pero como funcionario ha sido superior. Fue uno de los elegidos que consiguió ascender en la escala social descendiendo en la escala académica: logró dejar de ser doctor para convertirse en licenciado (la UNAM nos ha enseñado que para lo único que sirve doctorarse es para emprender luego la tarea de llegar a licenciado). Este académico doctor G., por ejemplo, hacía bien lo suyo (investigar) y la UNAM lo premió alejándolo de lo que hacía bien para encargarle algo que no sabe hacer. Desde la perspectiva de quienes padecerán las decisiones del funcionario, esto es muy grave; pero desde la perspectiva de los otros funcionarios, esto es ideal. Me imagino que un día lo llamaron y le dijeron:

—Doctor G., en reconocimiento a su notable estudio sobre los protozoarios,

a partir de este momento es usted director de subservicios y macroapoyos de toda la UNAM.

Los únicos que se alegran son su esposa, sus amigos (felices de iniciar su propio descenso a la licenciatura) y los protozoarios. Todos comienzan a decirle licenciado.

A partir de ese momento, el funcionario tiene coche con chofer, tarjeta de crédito (para gastos de representación), oficina con alfombra, tres teléfonos, una agenda sembrada de compromisos (ver a otros funcionarios), acceso inmediato a los préstamos del ISSSTE y el FOVISSSTE, la Montblanc, un sueldo notablemente superior, siete trajes, crédito en la Librería Francesa, autorización para estacionarse en doble fila y la súbita e imperiosa necesidad de ordenarse a sí mismo que vaya a un congreso en Nueva York. El congreso, desde luego, versará sobre "La crisis financiera en la universidad de hoy".

Hay que reconocer que al licenciado G. estos logros le costaron su esfuerzo, por no mencionar el de los protozoarios. Y es que el suyo no es el caso de muchos otros funcionarios que ni siquiera tuvieron, como G., que sacrificar una carrera académica para entregarse al desprendido servicio a la Institución y que simplemente hicieron la carrera de funcionarios de modo directo. Éstos ingresan a la UNAM cuando un nuevo sexenio los deja volando, se convierten en Director de la Dirección General de Frontones (por decir algo), ganan inmediatamente más que un investigador que lleva diez años trabajando y, al llegar un nuevo sexenio, se hacen despedir (para cobrar su indemnización) y entrar al PRI como director del área de diseño gráfico de la Secretaría del Tabaco.

Mientras pago por adelantado la comida el siguiente domingo pienso en G. que, quizá, simultáneamente, entrega una de sus tarjetas de crédito en el Champs Elisées después de haberse hartado de filete a la *Pompadour*. Después prefiero pensar en Schopenhauer, que aconsejaba no hacer depender la felicidad o la desdicha de otra cosa que nuestra conciencia. Después pienso en lo chocante que era Schopenhauer. Finalmente pienso en si no sería buena idea pedirles propina por adelantado a mis alumnos y, con lo que junte, adquirir el *Humano, demasiado humano* aunque sea para dejar de pisarlo cada semana.